

Cathy Hopkins

Amigas, amores  
y locos errores



# 1 Gallinas

—**M**e parece de terror —dijo Nesta, con una mueca.

—¿Qué cosa? —le pregunté, mientras Lucy y yo volvíamos a entrar a la habitación con provisiones para el pijama party (lo de siempre: algunas *Coca Light*, *Pringles* con sal y vinagre y barras de chocolate). TJ, Nesta y yo nos habíamos quedado en casa de Lucy, después de una fiesta sólo para chicas que ella había organizado. Habíamos terminado de ordenar después de que se fueron las otras invitadas y ahora estábamos listas para parlotear un rato antes de meternos en nuestras bolsas de dormir.

—Sí, ¿de qué están hablando? —repitió Lucy.

TJ señaló un libro de hechizos que yo le había prestado a Lucy al comienzo del verano.

—Eso de convertirse en hermanas de sangre —respondió TJ con voz fantasmagórica—. En el libro de Izzie dice que, si una quiere formar un vínculo de por vida con sus amigas, la mejor manera de hacerlo es que cada una se pinche el dedo con una aguja y luego presionar los dedos entre sí.

—*Puaj* —dijo Nesta—. ¿No podemos quemar nuestros sostenes, como hacían las mujeres en los años sesenta?

Lucy rio.

—No, ni pienso, porque como no tengo mucho busto que digamos, no tengo nada que quemar.

–Sí lo tienes –replicó Nesta–. Yo lo he visto.

Lucy meneó la cabeza.

–Lo tiré. No tenía sentido. Fue por algo que comentó Lal. Me preguntó si usaría zapatos aunque no tuviera pies. Le respondí que no, por supuesto. Y me dijo: “Pues entonces, ¿para qué usas sostén?”.

–Qué atrevido. ¿Qué sabe él? –comenté, mientras apoyaba las bebidas–. Fue demasiado cruel, hasta para un hermano.

Lucy se encogió de hombros.

–Bah, tiene razón. Sólo me lo ponía porque todo el mundo lo hace. Para mostrarlo. El problema era que no se veía nada, salvo un pliegue de encaje vacío debajo de mi camiseta. Es mucho más cómodo andar sin nada.

–Hagamos eso de la hermandad de sangre –propuso TJ–. Será divertido y seremos amigas para siempre.

Meneé la cabeza.

–No, es una tontería. Esas cosas las hacen los chicos de la primaria...

–Y lo dice nada menos que Mística Iz, la Reina de la Brujería –observó TJ–. ¿Qué te pasa?

Me encogí de hombros.

–Nada. Me parece infantil. Hace años que tengo ese libro de hechizos. Lo leí cuando estaba en séptimo año.

TJ puso cara de decepción.

–Para mí es una buena idea. Y es una bella intención, no como esos hechizos que sueles hacer para conseguir chicos y todo eso.

–Sí, hagamos la prueba –dijo Lucy.

–Bueno, hay que esterilizar las agujas, ¿saben? –intervino Nesta.

Lucy puso los ojos en blanco.

–Qué quisquillosa eres.

–No, en realidad tiene razón –dijo TJ–. Es mejor asegurarse.

–Sí, estoy de acuerdo –agregué. Los padres de TJ son médicos, así que, si alguien sabe lo que es seguro y lo que no, son ellos.

–Bueno, está bien –dijo Lucy–. Yo lo haré.

–Mientras no duela... –insistió Nesta.

–No será nada –respondió Lucy, mientras buscaba agujas en su costurero. Encontró un sobrecito y lo levantó en el aire–. Vuelvo enseguida. Voy a ponerme mi uniforme de enfermera y a esterilizar esto.

Volvió al cabo de unos minutos y nos entregó una aguja a cada una.

–Si vamos a hacerlo, hagámoslo bien –dije–. Debemos sentarnos en círculo, y Lucy, ¿podemos encender una vela?

–Ah, de modo que Mística Iz no estaba tan muerta, ¿eh? –observó Nesta, con una sonrisa.

Lucy buscó una vela, la encendió, apagó la luz y nos sentamos en círculo en el suelo.

Lucy, TJ y yo lo hicimos enseguida. Un pinchazo rápido y listo.

Nesta puso cara de desconfianza y llevó la aguja al pulgar, como si tratara de pinchar la piel muy lentamente.

–No puedo –gimió–. En serio. Odio las agujas y sé que va a dolerme.

–No tienes que pensarlo –le indicó Lucy–. Es apenas un segundo y no sentirás más que... un pellizco.

–Para ti será fácil –dijo Nesta, riendo–, pero a mí me da impresión. ¿Estás segura de que estas agujas están bien esterilizadas, Lu? Podríamos contagiarnos alguna enfermedad terrible. No me parece seguro compartir la sangre.

–Gallina –le dije.

–No seas cobarde –bromeó TJ, y le quitó la aguja–. Déjame a mí.

–No, no –exclamó, y giró sobre sí misma en el suelo, tapándose las manos con el cuerpo–. Vas a apuñalarme, o a pinchar una arteria o algo así.

–Confía en mí, soy médica –respondió TJ–. O al menos, mis padres lo son.

–No –dijo Nesta, y volvió a incorporarse–. Lo haré yo –una vez más, empujó suavemente la aguja contra su pulgar–. No... No tiene caso. Lo siento, me da miedo.

–Bueno, si tú no lo haces, no podemos seguir –dijo Lucy–. No estaría bien. TJ, Izzie y yo estaríamos unidas de por vida y tú quedarías afuera. Podría ser de muy mala suerte.

–Vamos, mariquita –dije, masajeándome el pulgar–. Que se me está secando la sangre.

–Perdónenme, pero no puedo –Nesta se inclinó hacia atrás y tomó el libro de hechizos, que estaba sobre la cama–. ¿No habrá alguna otra cosa que podamos hacer para quedar unidas para siempre? ¿Algo que no duela? –Tomó el tubo de *Pringles*–. ¿Y si todas le pegamos un morisco a una de éstas y la pasamos? Nos uniremos con una patata frita. Será lo mismo: compartir el afecto, vincularnos, esas cosas.

No pude evitar reír. Nesta jamás se toma en serio estos hechizos.

–Anda, pues, compartamos una patata frita –le dije.

Nesta eligió una y luego nos la fuimos pasando, dando cada una un bocado diminuto.

–De acuerdo, por el poder que me otorga esta *Pringle* con sal y vinagre –anuncié, con mi tono de voz más solemne–, decreto que estas cuatro chicas que estamos aquí reunidas esta noche seremos amigas por siempre jamás, unidas por la fuerza mágica de la Todopoderosa *Pringle*.

Lucy y Nesta echaron a reír.

–Viva la patata frita –dijo Lucy.

–¡Viva! –repetimos a coro TJ y yo.

Entonces se me ocurrió una idea.

–Escuchen, ¿qué les parece esto? Si realmente queremos tener una experiencia que nos una, ¿por qué no hacemos algo que además luzca bien?

–¿A qué te refieres? –preguntó TJ–. ¿A que nos arreglemos para hacer hechizos?

–No. ¿Qué tal si nos hacemos una perforación en el ombligo?

Se hizo un silencio total. Creo que no se esperaban algo así, pero yo venía pensándolo desde hacía tiempo. Era parte de mi nueva imagen. En poco más de una semana, empezaríamos décimo año en la escuela

y, de alguna manera, quería dejar atrás a la vieja Izzie junto con el año anterior. Sentía que había crecido y ya no me interesaban las mismas cosas que antes, incluso mi ropa; algunas prendas hasta me quedaban pequeñas. Parecía que en este último tiempo me había estirado varios centímetros y algunos jeans ahora me llegaban a los tobillos. Nada elegante. El caso es que le dije a mamá que estaba atravesando una crisis de mitad de la adolescencia y que necesitaba ropa nueva. Ella rio y dijo que no existía tal cosa, porque cuando una es adolescente, todo es una crisis, principalmente para ella. Bah. No creo que sepa la suerte que tiene. Si supiera lo que hacen algunas chicas de la escuela a espaldas de sus padres, le daría un ataque. No lo pasa tan mal conmigo, aunque ella no lo crea así.

–Hmm –dijo Nesta, por fin–. Seguramente eso también duele, ¿no? Pero siempre quise hacérmelo –se acarició el vientre completamente plano–. Sí, un arete en el ombligo se vería muy bien.

–No duele –respondí–. Candice Carter se hizo uno. Me lo contó hace un rato, en la fiesta. Dice que te ponen en la barriga algo que te congela, y no sientes nada.

–Pues cuenta conmigo –dijo Lucy–. Necesito toda la ayuda posible para que los chicos se fijen en mí. Un *piercing* en el ombligo se vería genial y podría distraerlos del hecho de que no tengo bubis.

–¿*Bubis*? –preguntó TJ–. ¿Qué son?

Lucy se señaló el pecho.

–Tetas, tonta. Lal las llama bubis o lolas.

TJ hizo un gesto de incredulidad.

–Tu hermano necesita ayuda.

–Dímelo a mí –suspiró Lucy.

–Cada una podría ponerse una piedra de distinto color –propuse–. ¿Tienes algún libro de astrología, Lucy?

–Claro –respondió, mientras se ponía de pie y se dirigía a la biblioteca–. El que me regalaste para Navidad.

Cuando me entregó el libro, lo hojeé rápidamente y encontré una sección que hablaba de las piedras y colores adecuados para los diferentes signos.

–Bien, aquí está: nuestras piedras natales. Dice que el granate es bueno para los nacidos en enero, o sea yo.

–¿De qué color es el granate? –preguntó Lucy.

–Rojo intenso –respondí.

Lucy puso cara de aprobación.

–Iría bien con tu pelo oscuro.

–Nesta, tú eres de Leo –proseguí–, a ver qué dice... Ah, podría ser un diamante o un rubí. Guau, el rubí quedaría fantástico con tu piel morena. Muy exótico.

–No –repuso Nesta, meneando la cabeza–. Parecería una bailarina árabe. Si me voy a poner una piedra, quiero un diamante. Tiene mucha más clase.

–Bien, no hay problema –dije–. Lucy, eres de Géminis, del 24 de mayo... dice que para ti son las esmeraldas.

–Una esmeralda te quedaría mejor a ti, Izzie –intervino Nesta–. Haría juego con tus ojos verdes.

–Es cierto. Y yo preferiría un zafiro –dijo Lucy–. Porque es azul, como mis ojos.

–Sí, y a las rubias les queda bien el azul –concordó Nesta.

–Bueno, no es necesario que hagamos lo que dice aquí –aclaré–. Sólo si queremos usar nuestras piedras natales.

–¿Cuál es la mía? –preguntó TJ.

Busqué en el libro hasta llegar a Sagitario.

–Bien, noviembre a diciembre. Dice que para noviembre es el topacio, y para diciembre, la turquesa. Tú naciste el 24 de noviembre, así que sería el topacio. Te quedaría genial.

–¿Topacio? Es amarillo, ¿no? –preguntó TJ–. No me parece un buen color para el ombligo. Ya sabes que algunas piedras se ensucian

un poco; una piedra amarilla podría parecer una bolita de pus sólido o algo así.

–Ay, TJ, qué asco –exclamó Nesta, riendo–. Pero creo que tienes razón. Me parece que a una morena como tú le quedaría mejor una turquesa.

Cerré el libro, me llevé el dorso de la mano a la frente y lancé un suspiro con aire trágico.

–Me doy por vencida. A veces me pregunto por qué me molesto en hablar con estas ignorantes. Sólo pensé que podríamos ser la “Banda de Teens con Piedras Natales en el Ombligo”, eso es todo.

–Estás loca, Izzie –rio Lucy–. Pero sí sería bueno que tuviéramos diferentes colores.

TJ se veía dubitativa.

–No lo sé. Todas ustedes tienen el vientre chato, pero el mío es redondeado. Me parece que no queda tan bien si uno no tiene la barriga como una tabla. Además, ¿no costará una fortuna? No creo que me alcance el dinero, con lo que me dan.

–Tienes razón –dijo Lucy–. Ese es un tema importante. ¿Qué piensan ustedes?

–Lo averiguaré –respondí–. Dudo que sea tan caro. Es decir, no vamos a comprar diamantes de verdad ni oro ni nada de eso.

TJ seguía preocupada.

–No creo que a mis padres les guste la idea.

–No tienen por qué enterarse –repuso Nesta–. En una semana volvemos a la escuela. Pronto estaremos usando ropa de invierno. Nadie lo verá.

–Entonces, ¿qué sentido tiene hacerlo? –preguntó TJ.

–Para cuando estemos juntas, nena –respondió Nesta–. Cuando nos pongamos tops cortos.

–Supongo que sí –dijo TJ.

–Entonces, ¿estamos de acuerdo? –pregunté.

Las otras asintieron. TJ se mostró reticente.

–Bien, entonces –dije–. Mañana por la mañana. He visto un lugar en Kentish Town, cerca de donde toca la banda. Iremos allá.

### **Piedras natales**

- Enero:** Granate (rojo vino)
- Febrero:** Amatista (púrpura/violeta)
- Marzo:** Aguamarina (verde azulado)
- Abril:** Diamante (cristal)
- Mayo:** Esmeralda (verde)
- Junio:** Perla (blanco hueso)
- Julio:** Rubí (rojo)
- Agosto:** Peridoto (verde oliva)
- Septiembre:** Zafiro (azul brillante)
- Octubre:** Ópalo (blanco lechoso)
- Noviembre:** Topacio (amarillo oro)
- Diciembre:** Turquesa (turquesa)

Esto puede variar con respecto a los signos del zodiaco,  
y según el libro o sitio web que se use.